ADOLFO MARSILLACH

LAS DOS SENDAS

Comedia en tres actos



MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1916



LAS DOS SENDAS

Edición autorizada por su autor para TEATRO MUNDIAL.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45. — BARCELONA

LAS DOS SENDAS

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

ADOLFO MARSILLACH

Estrenada en el Teatro Romea, de Barcelona,
el día 22 de Enero de 1916



BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
15, Barbarà, 15
1916

REPARTO

Personajes	Actores
Matilde	*Antonia Plana.*
Laura	*María Rosala.*
Francisca	*María Brú.*
Julia	*María Banquer.*
Lulú	*Concepción Banquer.*
Lucrecia	*Milagros Aliacar.*
Felisa	*Concepción Nicolás.*
Felipa	*Mercedes Blanco.*
Petra	*Manuela Valls.*
Jaime	*Nicolás Navarro.*
Marqués de Ginebra	*Luis de Llano.*
Bernardo	*Pedro González.*
Anselmo	*Manuel Aliacar.*

La acción en Madrid. Época actual.

Derecha e izquierda del actor.

ACTO PRIMERO

Habitación pobre. Puertas de foro y laterales. En un lado, una cómoda. En el centro, una camilla. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

MATILDE, LAURA y JAIME.

(Matilde y Laura, junto a una máquina, cosen, sentadas en sillas de heno. Jaime estará sentado también.)

LAURA — (A Jaime.) Sigue contando. ¿Qué más compraste?

JAIME — Un canario.

LAURA — ¡Oh, qué bien! ¿Oyes, Matilde? ¡Un canario!... ¿Canta?

JAIME — Como la Barrientos.

MATILDE — ¿Oiste tú a la Barrientos?

JAIME — A ella, precisamente, no; pero sí a la hija de la patrona, que según ésta canta como la Barrientos.

MATILDE — Ya será algo menos.

JAIME — La chica tira para coupletista.

LAURA — ¡Desgraciada!

MATILDE — Tal vez no.

LAURA — Pues como tu canario cante, no le habrán de faltar sus horitas de sol, sus buenos cañamones, su alpiste y su lechuga. Verás qué banquetes se va a dar el pícaro. (Tira la prenda que cose a un cesto de ropa blanca, y dice a Matilde.) Otra más. Con ésta van diez y ocho.

MATILDE Ya ganaste diez reales... Una fortuna. La otra fortuna la gano yo. Catorce horas junto a la máquina, y dos pesetas por toda remuneración.

LAURA El trabajo ennoblece.

MATILDE Eso dicen, pero una se muere de hambre con esta ejecutoria de nobleza.

LAURA Me basta con ser feliz : lo soy, y Jaime y yo lo seremos en nuestra pobreza. (A Jaime.) ¿Mercaste algo más?

JAIME Sí : una cosa más.

LAURA ¿Para la casa?

JAIME ¡Claro que sí ! Para la casa.

LAURA ¿Qué es ello?

JAIME Dos cuadros al óleo.

LAURA ¿Al óleo? ¡Jesús ! ¿Te habrán costado un dineral?

JAIME Siete pesetas los dos.

MATILDE Serán al agua de Lozoya.

JAIME Te digo que al óleo.

LAURA Serán viejos.

JAIME ¿Viejos? Acabaditos de hacer.

MATILDE Así no proceden del Museo.

JAIME Los he comprado en la acera del café de Levante, y el vendedor me ha asegurado que son buenos.

LAURA Con tal que duren... ¿Y bonitos?... ¿Son bonitos?

JAIME Mucho. Figúrate dos paisajes de Suiza, con lagos y montañas cubiertas de nieve. Da gloria verlos. Parecen talmente de natillas.

MATILDE Vamos : serán dos medallas de oro.

JAIME No sé. No entiendo en pintura. Gracias que conozca uno de su oficio. Tú sabes más que yo de estas cosas, y de todo. Por algo has leído muchos cuentos, novelas y versos. Y, a propósito de mis cuadros. ¿A quién dirás que he encontrado cuando acababa de comprarlos?

MATILDE Qué sé yo...

JAIME Pues a Bernardo, que salía del obrador.

LAURA ¡ Pobre Bernardo !

MATILDE Es un buen chico.

JAIME Me ha hablado de ti, naturalmente. Siempre que nos encontramos me habla de ti, ¡ y con qué interés ! ¡ Con qué pasión ! En el hablar y en los ojos se le ve la ley que te tiene, Matilde. (Movimiento de contrariedad en Matilde.) Ya le he dicho que debe renunciar a casarse contigo : que si un día le hiciste caso, hoy ya no le llevas aquí dentro, donde llevamos los quereres. (Señalando al corazón.) Pero Bernardo porfía, y dice que nunca, nunca, dejará de quererte, aunque le desdeñes, aunque le desprecies.

MATILDE ¿Pero quién ha dicho que le desdeño, quién que le desprecio?

JAIME Cavilaciones de Bernardo... Prurito de enconarse la llaga con sutilezas de mal de amor. Por ser verdad le he dicho que en ti no había desprecios para él, sino... que... sé yo... que ya no le quieres como antes... Cosas que pasan.

MATILDE Dijiste bien, Jaime ; ya no le quiero como antes.

LAURA ¿Pero le quieres aún?

MATILDE Creo que sí ; es bueno, leal, honrado y trabajador, y no puedo olvidar que se ha portado muy bien conmigo.

LAURA Entonces, ¿por qué no te casas con él? ¿Por qué le haces desgraciado? Escucha, Matilde, dentro de quince días, Jaime y yo estaremos casados. Seremos más felices que nunca, pero más egoístas también. Pensaremos en los hijos que puedan venir, y si vinieran, tú, con nosotros, cuánto más acompañada estuvieres, más sola te hallarías... Es doloroso decir estas cosas, pero más sensible es que ocurran : que los corazones no sean lo bastante grandes para querer por igual a hi-

jos que a hermanos: a cuantos nos rodean y son algo nuestro.

MATILDE Tienes razón; y también he pensado yo muy seriamente en mi porvenir, que por ahora no es muy lisonjero.

JAIME Jamás te abandonaremos.

LAURA ¡Ni qué decir tiene!

MATILDE Nunca lo he dudado, pero las razones expuestas por Laura, son muy de tener en cuenta.

LAURA Cásate, pues. Acabas de reconocer que Bernardo es bueno y trabajador: le quisiste, y hasta has confesado que no es para ti costal de paja. Hazle tu marido, soluciona tu situación. Cree a tu hermana, que te quiere; oye la voz de mi corazón, que me está diciendo que seríais felices, como nosotros, como Jaime y yo. Si te parece, aplazaremos nuestro casamiento por unos meses, y tú, con Bernardo, y yo con Jaime, iremos al altar a un mismo tiempo. ¡Oh, qué dicha! ¿Verdad, Jaime, que esperaríamos?

JAIME Tanto como fuese menester.

MATILDE Gracias, pero no es posible.

LAURA ¿Te obstinas?

MATILDE Sí; no puede ser.

LAURA ¿Quieres a otro?

MATILDE (Con energía.) ¡No! ¡Te juro que no!.

LAURA ¿Entonces?...

MATILDE No hablemos más de este asunto. Te lo suplico. Me pongo nerviosa...

JAIME (A Laura.) No insistas. Tendrá sus motivos por hacer lo que hace, y aunque nos duela y nos sean desagradables, hay que pasar por ellos. Da tiempo al tiempo; ella mudará de pensar cuando se convenza de que debajo del cielo no hay hombre que más la quiera. Pobre, sí lo es; como yo. Pero también como yo tiene manos de plata para el trabajo.

LAURA — Pero repara, Jaime, que esa terquedad de Matilde...

MATILDE — Muy respetable, ¡caray! ¿Acaso no tengo yo el derecho de casarme o de no casarme? Terquedad censurable es la tuya, encastillándote en violentar mi voluntad; una resolución firme, imperiosa, que no quiere ceder, y que no cede. Si hago bien o mal no allanándome a tus deseos, eso ya lo veremos después...

LAURA — Siempre has sido extraña, voluntariosa y antojadiza. ¡Te va a perder ese carácter!

MATILDE — Soy como soy, sin que yo tenga la culpa de no ser de otra manera. Los caracteres no se cambian con la misma facilidad que una prenda de vestir.

LAURA — Pero, queriendo, los caracteres se modifican.

MATILDE — En el caso de que pudiera modificar el mío, ¿quieres decirme lo qué saldría ganando con el trueque? ¿Ser como eres tú? Gracias. (Movimiento de extrañeza en Laura.) No es que te reproche cosa alguna... Al contrario. Precisamente encuentro que eres demasiado buena para vivir en este mundo tan malo.

LAURA — Nunca se es bastante bueno, y te engañas si crees ser menos buena que yo.

MATILDE — Algo menos lo soy, indudablemente. La prueba es que tú te sometes a todo, y yo no soporto, sin protesta, lo que me fastidia. ¿Quieres un ejemplo? Vaya uno: tú, mientras no nos falte trabajo, encantada: yo, no sólo no lo estoy, sino que rabio de ver que trabajando como unas condenadas, apenas si ganamos para el puchero y vestirnos con cuatro pingos.

LAURA — Debemos resignarnos a la suerte.

MATILDE — Ahí está el toque: yo no me resigno. No

entra en mis cálculos ganar el cielo por mansedumbre de espíritu.

LAURA ¿Qué lenguaje es ese? ¿Qué te propones?

MATILDE Nada... ¡Qué me he de proponer! Ha sido sólo para decirte... eso... que me encuentro bastante bien con mi carácter, y que no pienso enmendarlo.

JAIME ¡Ea! Basta de discusiones, y vamos a lo que importa. (A Laura.) Mañana a las doce te aguardo en la vicaría.

LAURA No faltaré.

JAIME Conformes: no hay más que hablar. Me voy.

LAURA ¿Tan pronto?

JAIME (Mirando su reloj.) ¿Tan pronto? Son las nueve. La patrona me aguardará, echando maldiciones.

MATILDE Cena con nosotras.

JAIME Se agradece; pero estoy rendido y quiero acostarme pronto. Adiós, Laurilla; adiós, Matilde. Y que no volváis a regañar.

MATILDE Buenas noches.

LAURA Hasta las doce de mañana.

JAIME Hasta las doce, soberana de las Américas, de las Rusias y de todo el mundo.

LAURA Adiós. Arrópate bien, que la noche está fría. (Mutis de Jaime, por el foro.)

ESCENA II

Dichas, menos JAIME.

MATILDE (Sentada junto a la máquina y en actitud de trabajar.) ¿Vamos a terminar esto?

LAURA (Mal humorada.) ¡Al diablo con la tarea! Se me pasaron las ganas de trabajar. Ahora soy yo la que está nerviosa. (Matilde hace un movimiento de desagrado.)

MATILDE Pues llama a la seña Francisca, para que

nos traiga la cena. Comiendo te distraerás, y se te calmarán los nervios.

LAURA No es fácil. Por otra parte, no tengo ganas de comer. Aire, mucho aire, es lo que necesito.

MATILDE No me explico tu frenesí.

LAURA ¿Te parece que, después de lo ocurrido, puede una estar sosegada?

MATILDE ¿Después de lo ocurrido? ¿Te refieres a lo de Bernardo?

LAURA Sí.

MATILDE ¿Intentas disputar de nuevo? De ser así, te suplico que desistas de tu propósito. Lo que tú quieres no puede ser. No será.

LAURA ¿Pero, en qué te fundas, en qué ley te apoyas para no casarte con Bernardo?

MATILDE ¿En qué me fundo? En una razón muy sencilla. Te la diré, puesto que te empeñas. Bernardo es un chico de todas prendas: me quiere, mucho; pero Bernardo es pobre, no tiene más que su jornal...

LAURA Como Jaime.

MATILDE Eso: como Jaime.

LAURA ¿De manera que el único motivo de no casarte con Bernardo es su pobreza?

MATILDE No existe otro.

LAURA ¿Pero es que tú eres rica? ¿Es que nosotras podemos aspirar a un hombre de posición? ¿Te imaginas que los príncipes y los potentados andan a la greña por casarse con modistas y costureras? Tu cabeza está trastornada con tanto libraco mentiroso como has leído.

MATILDE En el supuesto de qúe esté trastornada, lo estará en sentido inverso al que te imaginas. No sueño con príncipes ni potentados, pero tampoco he de compartir mi vida con un obrero.

LAURA ¡Que Dios no nos dé cosa peor! ¡Vaya con los humos de la señora!

MATILDE Me juzgas mal, Laura. No tengo pretensiones: lo que tengo es miedo a la mise-

ria. Será cobardía, pero es así. Los matrimonios entre obreros, de cada cien, noventa y nueve son otras tantas condenaciones a irredimible pobreza, a eterna necesidad.

LAURA No todos podemos ser ricos. Pobres nacimos, y pobres hemos de morir, seguramente.

MATILDE Vivamos y muramos pobres, si este es nuestro sino, pero no contribuyamos á llenar de desgraciados el mundo. ¿Casarse, y con un pobre. Esto es cosa fácil; pero después vienen los hijos, y con éstos las necesidades y los días sin pan, las angustias por encontrarle, la enfermedad y el hospital por toda consolación. Yo renuncio a esa vida. Yo huyo de esos peligros. Dirás tú que no hay matrimonio sin goces, y que es inmenso, único, el de aspirar el aliento de quienes dimos el ser y de mirarnos en sus ojos; pero observa que por grande que este goce sea, no es comparable a la pesadumbre de verles implorar, en vano, un poco de felicidad, una miaja de bienestar, al que se creen con derecho. Añade, ahora, a la cuenta, el dolor de éstos al considerarse, sin culpa suya, tan desdichados. Alguna vez, en la fiebre de la desesperación, con el alma lacerada y fuerte sabor de hieles en la boca, involuntariamente pensarán, sin percatarse, es claro, de lo horrendo de la idea, si fué necesario una absoluta falta de caridad, de conciencia, o de juicio de parte de sus padres, para que los echaran al mundo en condiciones de no poderlos mantener, ni educar, ni socorrer en caso de enfermedad.

LAURA No entiendo de estas cosas, capaces de entristecer a unas castañuelas. Yo sólo

sé que la mujer nace para casarse y tener hijos. Jaime y yo cuidaremos de que nada les falte a los que tengamos.

MATILDE (*Con triste ironía.*) ¿Que nada les falte?...

LAURA Para vivir no se necesita comer mayormente como un canónigo, ni para ser personas de bien son indispensables las riquezas. Además, un obrero puede llegar a maestro, y de maestro a hombre de posición. Esto se ve todos los días.

MATILDE No, se ve por excepción, y yo no quiero correr el albur de estar peor que estoy ahora, ni de acrecentar el número de los vencidos. Mira tú cómo nos va a nosotras. ¡Bonita existencia! Y recuerda cómo les fué a nuestros padres, a nuestros abuelos y a Joaquín y a Enrique, nuestros pobres hermanos, hechos pedazos en la explosión de una caldera.

LAURA Fué horrible. Mas no a todos nos está reservada una muerte como aquellas, ni a todos los pobres les persiguen esos males que temes tú.

MATILDE Alguno se salva de la quema, pero aún en este caso afortunado, ejemplar, rarísimo, no es pequeña infelicidad la de abandonar el mundo sin haber conocido sus maravillas y sus goces, a los cuales los pobres, como no sea por un hecho inesperado, casual, con el que no hay que contar, sólo tenemos una esperanza, una más o menos remota posibilidad de acceso, amancebándonos con el pecado, o quebrantando las leyes.

LAURA Calla. Me dañan tus palabras. Hoy no estás en tus cabales. Para mí que has soñado estas cosas, y discurres bajo la influencia del sueño.

MATILDE Antes soñé, mientras creí posible redimirnos y ser dichosas con el trabajo y con el amor. Ahora es, precisamente, cuando no sueño. (*Pausa.*) Oye: ¿No has

deseado nunca, pero con fuerza, con toda el alma, como deseas a Jaime, viajar por tierras lejanas y ver otro sol, otro cielo, otras gentes, los lagos de Suiza, las montañas de Italia, los canales de Venecia, y París, Londres, Roma y demás ciudades radiantes de lujo y de placeres; y al pensar que todo esto, que tanta belleza y dicha te están vedados, que no son para tí, no te has sumergido en profunda tristeza, no has llorado?
(Movimiento de asombro en Laura.)

LAURA ¿Sabes que me das miedo, Matilde?

MATILDE ¿Por qué te he de dar miedo?

LAURA Porque podrías ser tú la que hubieses deseado estas cosas, y tú la que hubieses llorado por no alcanzarlas.

MATILDE Pues sí: las he deseado, y, de tristeza, alguna vez las lágrimas han asomado a mis ojos. Pero tranquilízate. Mis pasos son firmes y mi cabeza anda perfectamente. No haré nada que no me parezca bien.

LAURA En tu juicio confío. ¡Me asustaste!

MATILDE ¡Pobre Laurilla!... (Llaman a la puerta del foro.) Ya está aquí la portera. (Matilde va a abrir.)

ESCENA III

Dichas y FRANCISCA.

FRANCISCA (Lleva una cesta al brazo.) Muy buenas noches, señoritas.

MATILDE Buenas noches señá Francisca.

FRANCISCA La cena. (Deja sobre la mesa la cesta, llena de peroles, platos, vasos, etc.) Hoy es de casa Basteiro.

LAURA ¿Quién es Basteiro?

FRANCISCA El dueño del *restaurante* de la esquina, según se va a la derecha.

MATILDE A cualquier cosa llama usted restaurant. Llámele tasca, indecente figón, y estaremos en lo justo.

FRANCISCA ¡Figón, figón!... Pues sepa la señorita que no hay en Madrid quien guise los callos con más garbo y más aquél que el señor Basteiro. ¡Se chupa una los dedos comiéndolos! Ya los probarán ustedes esta noche.

MATILDE ¿Otra vez callos?... Estoy yo de esta bazofia...

FRANCISCA ¡Bazofia, dice! Pues si están *riquísimos*! A más, señorita Matilde, que yo no puedo hacer milagros. Con el dinero que me dan...

MATILDE Tiene usted razón. No damos para perdices.

LAURA A mí me gustan muchísimo, los callos. Probaremos los del señor Basteiro. Voy por el mantel. (Mutis por una de las puertas laterales.)

ESCENA IV

Dichas menos LAURA.

FRANCISCA (Con misterio, saca rápidamente del pecho una carta y la entrega a Matilde.) Felipa acaba de entregarme esta carta para usted.

MATILDE (Tomando la carta con apresuramiento.) La aguardaba. (Después de leerla para sí.) Está bien.

FRANCISCA ¿Va usted al baile de máscaras, señorita?

MATILDE Sí: digo, me parece que sí. Ya sabe usted cómo es Laura...

FRANCISCA Una carlistona. Por ella naide se divertiría, sin pensar que la juventud se la lleva el diablo. Chitón: vuelve Laura.

ESCENA V

Dichas y LAURA.

LAURA (Extendiendo sobre la mesa el mantel que ha ido a buscar.) Vamos a cenar. Parece que, al fin, se me ha despertado el apetito.

FRANCISCA (Colocando en la mesa los objetos del cesto.) Judías con pimentón, que mejores no las come el rey. Aceitunas, Valdepeñas de a veinte, muy bueno, los callos, y esta libreta que salió del horno a las seis de la tarde. (Con gran presopopeya y contento.) ¡Y esto! (Mostrando un plato de dulce.)

LAURA ¿Qué es eso?

FRANCISCA Un flam: un *osequio* que hago yo a las señoritas, que todo se lo merecen.

LAURA ¿Pero a santo de qué? ¿Ha sacado usted la lotería, señá Francisca?

FRANCISCA Casi, casi. ¡Si estoy más contenta! ¿A que no adivinan las señoritas por qué?

MATILDE ¿Qué sabe una?...

FRANCISCA ¿Lo digo?

MATILDE ¡Claro que sí!

FRANCISCA Prepárense ustedes para recibir una noticia gorda, muy gorda.

LAURA Venga la noticia, ya estamos preparadas.

FRANCISCA Verán ustedes. Esta tarde, a las tres, estaba yo barriendo el portal cuando llega el cartero y me dijo, dice:—«¿Es usted por un casual, Francisca Gómez y Martínez?»—La misma que viste y calza—contesté yo. Entonces él me *alarga* una carta con muchos sellos, y un librito de apuntaciones, y dijo, dice:—Firme usted aquí—en el libro. Como una no está acostumbrada a estas cosas, y poner una firma en un papel del Gobierno puede traer compromiso, le he dicho al cartero que antes de firmar quería en-

terarme de si debía hacerlo. Pero él, abriendo unos ojos así de grandes, dice: «Firme usted, doña Reparos, que no le van a embargar las fincas por poner aquí un garabato». Tenía razón, y puse la firma. Al quedarme sola empecé a darle vueltas a la carta y a mirarla al trasluz. Nada se veía. Abrila al fin con temblor de manos y angustia en la garganta, y al punto sentí un desmayo, aluego una sofocación grande, muy grande, después necesidad de reirme como una loca, y ganas de revolcarme por el suelo mismamente que una borrica. Figúrense las señoritas que en el sobre venía un billete de veinte duros, digo, una carta de Berta con veinte duros.

MATILDE ¿De Berta? ¿De su hija?

FRANCISCA De la misma. ¿De quién, sino de ella, podía ser?... ¡Dos años sin noticias de mi hija! ¡Qué hermoso billete! Paece mentira que un peazo de papel sea tanto dinero.

LAURA ¿Y qué le dice a usted en la carta?

FRANCISCA Muchas cosas. Es de dos pliegos. Que está en Marsella. ¿Por qué lado cae Marsella?

MATILDE En Francia.

FRANCISCA ¡Santa María de la Cabeza! ¡En Francia! ¡Si habrá corrido mundo, la chica! Dice que está muy bien, y que de cuando en cuando me mandará algunas beatas. Ha pasao malas temporás, pero ahora nada le falta.

LAURA ¿Y qué hace en Marsella? ¿Sirve?

FRANCISCA ¡Quiá! Para servir no se va una tan lejos.

LAURA ¿Pues qué hace allá? ¿En qué se ocupa, de qué vive?

FRANCISCA ¿Cómo lo diré yo a la señorita? Berta vive con un caballero que sabe apreciar

lo que vale una... (Movimiento de repugnancia en Laura.)

LAURA ¿Y usted cuenta eso? ¡Vaya unas tragaderas! Debería quemarle a usted las manos el dinero de su hija.

FRANCISCA ¡Por Dios, señorita, sea usted razonable!... Berta a mi lado pasó mucha hambre. A los quince años, fué a servir a una casa de señores. El señorito abusó de ella: de modo que por el pan perdió la honra. Aluego, no pudiendo pensar en el matrimonio... ¡pata...! ¿Iba a enterrarse en un convento por faltas que no fueron suyas?

LAURA No, pero trabajando podía vivir honradamente.

FRANCISCA ¿Pero no les he dicho a ustedes que por trabajar perdió la honra?

LAURA Sin embargo, no siempre se repite el mismo caso. Las mujeres debemos ser honradas sobre todas las cosas.

MATILDE ¡Déjala!

FRANCISCA Los probes no podemos tener el orgullo de ser honraos. Hasta los ricos, que podrían ser honraos, sin gran esfuerzo, muchos no lo son, yo lo sé bien.

MATILDE Es un ejemplo de humildad que dan a los pobres.

FRANCISCA Puede ser; más el que, como nosotros, se empeña en ser honrao, ya sabe lo qué le va.

LAURA No diga usted desatinos. ¡Cállese usted; no la quiero oir!

FRANCISCA ¿Pero qué he dicho yo? ¿Quién la ha ofendido a usted? ¡Caramba con el genio de la señorita; No hay pa qué acalorarse de esta manera. ¡Yo que pensé darle a usted una alegría!

LAURA Pensó usted mal.

FRANCISCA Mejor será que me vaya.

MATILDE (Aparte a Francisca.) Está nerviosa. No le haga usted caso. Váyase.

FRANCISCA ¡Cuánto señorío! ¡Ni que fuera la reina de las Peñuelas!

MATILDE Cálmese, ya nos veremos. (Refunfuñando, sale Francisca por el foro.)

ESCENA VI

Dichas, menos FRANCISCA.

LAURA ¡Vileza como esta! ¡Qué asco de vieja!

MATILDE Hiciste mal hablándole en aquel tono.

LAURA Más se merecía.

MATILDE Pero a nosotras, ¿qué nos va y qué nos viene en ese pleito? ¡Deja que arda la casa que no es tuya!

LAURA No se debe ser indulgente con el vicio, ni tolerar que pase desfachatado ante nuestros ojos sin escupirle.

MATILDE ¿Has dicho vicio?

LAURA Me parece que sí.

MATILDE Tal vez no lo sea.

LAURA No trates de disculparla.

MATILDE Y si lo hiciese, sería un acto caritativo.

LAURA No ha de haber caridad para esas tunantas.

MATILDE Debemos perdonarlas en tanto no se premie la virtud.

LAURA Se premie o no se premie, la mujer debe ser honrada.

MATILDE Siempre que pueda serlo.

LAURA Es que puede serlo siempre.

MATILDE A veces no.

LAURA ¡Siempre! Por la honra, una mujer debe llegar al sacrificio.

MATILDE ¿En beneficio de quién?

LAURA En beneficio de todo el mundo.

MATILDE Convengamos, pues, que ese «todo el mundo» paga muy mal los favores que se le hacen. No pasa día sin que deje

morir en mitad de la calle a una mujer honrada, a una madre heroica. Las atenciones, el dinero, los placeres, son para las otras : esas que no quieren sacrificarse. Pero, dejemos este tema, que me disgusta, y comamos. Comiendo te hablaré de otra cosa.

LAURA Mientras no sea un despropósito, habla.

MATILDE Nada de despropósitos. Oye : ¿te gustaría ir a un baile de máscaras?

LAURA No es diversión que me atraiga. ¿Pero es que piensas ir tú?

MATILDE Jamás he ido a ninguno, y, naturalmente, la curiosidad...

LAURA No te aconsejo que vayas : mas si tuvieses ocasión de ir acompañada de una familia decente...

MATILDE Tengo quien me acompaña : Felipa.

LAURA No es posible, te burlas.

MATILDE Te digo que es verdad. Felipa me ha invitado al baile de esta noche.

LAURA ¿Pero no habrás aceptado?

MATILDE ¿Por qué no? ¿Qué mal hay en esto? Felipa estará aquí dentro de poco, ya vestida, y en la cómoda tengo yo un antifaz, unos guantes y un dominó.

LAURA ¡Di que no es cierto nada de esto! ¡Dilo bien claro y bien alto!

MATILDE ¡Pero cómo te pones, chica! ¡Ni que fuera a cometer un crimen!

LAURA No es un crimen ir a un baile de máscaras, pero sí un peligro cuando se va acompañada de Felipa. Esa mujer es de muy sospechosa conducta. Has cometido una ligereza y vas a enmendarla. A Felipa le dices que lo has pensado mejor, y que te quedas en casa.

MATILDE Eso no lo digo yo.

LAURA ¡Pero qué viento loco ha pasado por tu cabeza!

MATILDE No te pongas dramática, te lo suplico.

LAURA ¡ Tus frías respuestas me hieren más que si me pegases !

MATILDE En mi ánimo no entra la idea de molestarte, pero considera que tengo derecho a divertirme un poco.

LAURA Conforme, pero Felipa...

MATILDE ¡ Dale con Felipa !... ¡ A mí no me alcanza lo qué se diga de Felipa !

LAURA ¡ Pero puede alcanzarte !

MATILDE Si por miedo a nuestra fama hemos de rechazar el trato de las mujeres que, con razón, o con injusticia, se habla mal de ellas, renuncia a tratarte con ninguna. Sal a la calle, pon la mano sobre la primera mujer que te salga al paso, y yo te aseguro que ésta, sea la que fuese, o se ha manchado ella, o la ha manchado el mundo.

LAURA Razón de más para que pongamos mucho cuidado en aceptar o resistir el trato de la gente.

MATILDE Razón de menos, digo yo, puesto que a todas, buenas y malas, se nos juzga igual. Terminemos. ¿Cuál es tu última resolución?

LAURA Que no vayas.

MATILDE En este caso, fuerza será darte un disgusto, que soy la primera en lamentar.

LAURA ¿De modo que no desistes?...

MATILDE No puedo, di mi palabra.

LAURA ¡ Pues como venga Felipa la echo !

MATILDE No harás tal. Aquí estoy yo para impedirlo. Esta casa es tuya y mía.

LAURA Bien : satisface tu capricho, y si quieres perderte, piérdete. Allá tú. ¡ Ah, si nuestra madre te viese !...

MATILDE Nada lograrás con irritarme.

LAURA Peor para ti. (Llaman.)

MATILDE ¡ Felipa ! Te ruego que no des un espectáculo.

LAURA Poco me importaría si me sintiera con fuerzas para arrojar a ese trasto por el

balcón a la calle. No puedo hacerlo, y me retiro. ¡No quiero verla, no quiero verte! (Mutis por la puerta lateral derecha.)

MATILDE ¡Laura! ¡Laura!

ESCENA VII

MATILDE y FELIPA.

(Matilde, después de larga pausa, va a abrir. Entra Felipa con disfraz.)

FELIPA ¿Aun sin vestir? De prisa, échate el dominó. ¿Y tu hermana?

MATILDE Está allí dentro. No quiere salir. Hemos tenido una escena... Se opone a que vaya al baile, y me ha hablado en tal forma, que no me atrevo... Se disgustaría mucho.

FELIPA Mañana haréis las paces. Abajo esperan Ricardo y Carlos. Si no vinieras, Carlos se pondría furioso, y ve a saber si se vengaría con otra...

MATILDE ¡Eso, no!

FELIPA Pues, ven. ¡Anda, ponte el disfraz, y a la calle! ¡No hay placer como un baile de máscaras!

MATILDE Sí... Pero, ¿y Laura?

FELIPA ¡Ya le pasará! ¡Ea, vámonos! ¿Dónde tienes el dominó? ¿En esta cómoda?

MATILDE Ahí está todo. (Felipa abre los cajones de la cómoda y saca un dominó.)

FELIPA ¡Vístete y al avío! (Matilde duda un momento, pero acaba por disfrazarse.)

MATILDE Volveremos pronto, ¿eh?

FELIPA Sí...

MATILDE Dame el antifaz: está en el mismo cajón.

FELIPA (Dándole la mascarilla.) ¿Qué más?

MATILDE Los guantes, y un pañuelo. ¡Ya estoy!

FELIPA ¡A la calle!

MATILDE ¡ Pobre Laura !...
FELIPA ¿Qué esperas? ¡ Listo !
MATILDE ¡ Salgamos ! (Mutis de Matilde y Felipa, por el foro.)

ESCENA VIII

LAURA.

(Sale precipitadamente, dirigiéndose a la puerta. La abre, y, desde el umbral, en dirección a la escalera, dice.) ¡ Matilde ! ¡ Matilde !... (Pausa.) No contesta... no me oye, no quiso oirme... ¡ Desgraciada ! (Rompe en sollozos.) ¡ Apiádate de ella, Virgen del Carmen ! ¡ Sálvala, madre mía ! ¡ Ayúdame a salvarla, madre de mi alma !

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es de día.

ESCENA PRIMERA

LAURA y PETRA.

(Laura cosiendo junto a la máquina.)

PETRA — Trabajando, naide la aventajará a usted en listeza.

LAURA — No hay más remedio. Los dedos no pueden enmohecerse; de lo contrario no se gana para un cocido.

PETRA — Estas camisas son más finas que las de ayer.

LAURA — Un poco más.

PETRA — ¿Las pagan igual?

LAURA — Estas a nueve reales la docena; las de ayer a ocho.

PETRA — No es cosa mayor que digamos; mas si se hacen muchas...

LAURA — Trabajando sin parar catorce horas, pueden hacerse una docena al día.

PETRA — Usted las hará, naturalmente.

LAURA — Antes, sí las hacía; cuando no tenía dos hijos que exigen todos mis cuidados. Ya sabe usted las molestias que dan los niños.

PETRA — Mayormente cuando son tan pequeños como los de usted. ¿Qué edad tiene Luis?

LAURA — Dos años justos, y nueve meses el crío.

PETRA ¿Cómo está Luisín? ¿Mejora con el cambio de médico?

LAURA Parece que sí, y más adelantaríamos si le pudiese comprar todos los medicamentos que indica el doctor. Justamente la enfermedad ha coincidido con la falta de trabajo de Jaime. Por mucho que yo me esfuerce y madrugue, no logro hacer más allá de media docena de camisas. Ya comprenderá usted, Petra, que con lo que yo gano no es posible vivir y sanar a un enfermo. Los viajes al Monte de Piedad se suceden unos a otros, y ahí tengo un par de sábanas que para la compra de una medicina iré a empeñar en cuanto llegue Jaime. (Señala un lío que estará en una silla.)

PETRA Sé lo que son estas cosas; yo también he pasado temporás horribles, y mi único hijo, ¡pobre hijo mío! se me murió de hambre.

LAURA ¡Qué horror! ¿De hambre?

PETRA Así dijo el médico. Contra la muerte defendí aquel peazo de mi alma. Pero todo fué inútil. ¡El pobrecito se fué al cielo mirándome con unos ojos más tristes!... (Enjaga una lágrima.) Para mí que aquella tristeza sería por quedarme yo en el mundo. Por irse él no sería, que jamás tuvo soldados, muñecos, caballos de cartón y carritos para jugar; y en casa sólo vió lágrimas y penas, mucha necesidad y poco pan.

LAURA ¿Y no encontró usted quién la socorriese?

PETRA De alguna amiga recibí malos consejos, que no quise seguir; pero socorro, casi nenguno. Una vez, la vecina de la guardilla de al lado, la amiga de Celedonio, el zapatero, me indicó fuera a ver una dama muy piadosa, presidenta de no sé qué liga, o cosa así, para osilio de mujeres desamparás. Fuí, la expliqué lo que

me ocurría, la hablé de mi hijito enfermo, de las precrisiones del médico, que no podía atender; y cuando todo le hube dicho, me contestó que la sociedad de que ella era presidenta, sólo amparaba a las mujeres descarriás, y que siendo yo viuda y honrada, tan y mientras fuese honrada, no había manera de protegerme. Créame usted, Laura, que estuve tentada a venderme al primer hombre que pasase por mi lado sólo por tener derecho al socorro de aquella caritativa señorona.

LAURA — Nadie escapa a su calvario. Usted pasó el suyo; yo ahora padezco el mío. Pero pasará. Jaime hallará trabajo y volveremos a ser felices. ¡Pobre Jaime! Cada día está más abatido. Me parece que viene.

ESCENA II

Dichas y JAIME.

LAURA — ¿Nada?

JAIME — (Con abatimiento.) Nada.

PETRA — No se desesperen ustedes. Eso son negras rachas que van y vienen, como las nubes.

JAIME — El nublado hace tres meses que dura, Petra.

PETRA — Un día amanecerá con sol.

JAIME — La confianza de usted me da nuevas fuerzas para resistir.

PETRA — No hay que perder nunca la esperanza.

JAIME — Mal si ella nos abandona. ¿Y los niños? ¿Cómo están los niños?

LAURA — Alejandro duerme como un angelito. Luis parece que está mejor.

PETRA — Esto es lo primero; la salud. Para esas calenturas del chico tengo yo en casa un aceite arreglao por un pastor que va pa-

ra santo, el cual aceite hace milagros. Calentito se lo aplican ustedes al vientre, y encima una bayeta. Esta melecina no puede hacer nengún daño. Es un apósito inofensivo.

LAURA Lo probaremos.

PETRA Pues yo les traeré o mandaré el bálsamo.

JAIME Gracias, Petra.

PETRA No hay que darlas : eso no vale la pena. Si no me necesitan, iré por un recao.

LAURA Vaya, y no cansarse.

PETRA Allá veremos.

JAIME Adiós, Petra. (Vase Petra.)

ESCENA III

Los mismos, menos PETRA.

LAURA ¿Con qué, nada?

JAIME Nada. No hay trabajo en ninguna parte. He ido al Centro, he hablado con algunos compañeros y maestros, y sólo me han dado vagas promesas de emplearme.

LAURA Como siempre.

JAIME Como siempre. Me ofrezco para cualquier labor, por ruda, por repugnante que sea, y no hay modo de dar ocupación a estos brazos y de llevar a casa un cacho de pan.

LAURA ¡Es horrible!

JAIME ¡Es monstruoso!

LAURA ¿El marido de la Nicasia creo que ha encontrado un buen empleo?

JAIME Quien lo ha encontrado ha sido ella, pero no quieras saber a qué precio.

LAURA Acaso la Nicasia...

JAIME El mejor día vas a verla con sombrero y trajes de seda.

LAURA ¿Es posible?

JAIME Es un hecho. Lo peor es que para colocar al marido de la Nicasia, el patrón

despidió a un honrado padre de familia que desde largos años tenía a su servicio. Así va el mundo.

LAURA Pero este da vueltas, y los que mal se conducen, hallan inevitablemente el castigo.

JAIME Así debiera ser; pero voy observando que los palos se arrean a ciegas. Nosotros no hemos hecho nada por merecerlos, y ve como caen sobre nuestras espaldas.

LAURA Es injusto; mas el mal nuestro tendrá fin, y no la deshonra de Nicasia. ¿No te admira que habiendo sido hasta ahora tan buena, tan juiciosa y amante de su marido, haya llegado... a eso?

JAIME Se habrá cansado de padecer. Yo también he sentido la fatiga de luchar en vano...

LAURA (Asustada.) ¡Qué!

JAIME Quiero decir que a veces desfallezco, y cuando esto ocurre, sin que yo sepa cómo, me asaltan muy tristes pensamientos; ideas extrañas que me dañan horriblemente.

LAURA Dime qué ideas son estas, y yo haré que no te hagan sufrir más.

JAIME Cosas raras; la idea empieza por machacarme el cerebro; mas luego no pienso nada, o no vuelvo a pensar nada hasta después de unos instantes de sueño o delirio que me sorprende.

LAURA (Anhelante.) ¡Pero este sueño!... ¿Qué es este sueño?

JAIME Un sueño que me conduce a lugares desconocidos, en los que no hay luz, ni odios, ni llantos, ni vida, ni nada. Quisiera saber expresar esto, mas no acierto. Lo que sí puedo decirte, es que poco a poco voy perdiendo la noción de que existo, pero no tanto que no sienta apoderarse de mí unas ansias de echar raíces en aquellas regiones de silencio y paz absolutos,

donde no se discurre, ni se sufre, ni se gime... Luego, ¡qué pesar al volver a la vida!

LAURA ¡Insensato! Maldita sea la hora de tus sueños cobardes. Joven, con mujer e hijos, ¿cómo deliras de esta manera? ¿Cómo te atreves a decírmelo a mí? No, no es posible; eso es fiebre, desvarío, turbación momentánea del cerebro, sombra que se desvanece sin dejar huella. Aleja de ti esas mortales inquietudes; piensa en tus hijos, que necesitan de nosotros para vivir, y que por ellos tenemos la obligación de afrontar y vencer cuantos reveses nos salgan al paso, sean del linaje que fueren. ¡Qué es esto de rendirse a un infortunio pasajero! ¡Nunca, jamás debemos darnos por vencidos! Y tú, hombre bueno, padre amantísimo, lucharás a mi lado hasta salir triunfante de esta prueba a que Dios nos somete.

JAIME ¡Laura! ¡Laura bendita!

LAURA Sí, soy tu Laura, la que no quiere que desfallezcas, sino que te sobrepongas a la adversidad. (Pausa.) ¡Pobre bien mío! ¡Cuánto habrás padecido! ¿Y por qué, ingrato, no me lo decías?

JAIME No podía decírtelo; yo no quería que tú penaras.

LAURA Contigo me uní de por vida, y contigo he de compartir dichas y pesares. Tengo derecho al sufrimiento, Jaime.

JAIME ¡No, mi bien!

LAURA Sería no quererte si de otro modo pensase. ¡Pero a qué hablar de tristezas, y a qué torturarnos el alma, si no hay motivo para ello! En la vida, ¿quién se ve libre de contrariedades? A ricos y a pobres, les llega su vez. Pero luchan, y logran vencerlas. Tú y yo no seremos una excepción.

JAIME ¡Dios te oiga!

LAURA — Dios me oirá ; y entretanto, anímate, Jaime mío, reacciona, cobra fuerzas, y si sintieses un nuevo desfallecimiento, no me lo ocultes : comunícamelo al instante, y yo haré que vuelva a tu espíritu la calma.

JAIME — Bálsamo a mi dolor son tus palabras. Ellas me confortan. Parece que renazco. Me siento capaz de resistir las más duras pruebas.

LAURA — Así quiero verte.

JAIME — Así me has de ver en lo sucesivo. Lo exiges tú ; lo demandan nuestros hijos.

LAURA — Ellos en primer término.

JAIME — ¿Crees tú que sanará Luis?

LAURA — ¡Ya lo creo que sanará ! Voy al instante por la medicina.

ESCENA IV

Los mismos y BERNARDO.

JAIME — ¡ Bernardo !

LAURA — ¡ Gracias a Dios que se le ve a usted !

JAIME — ¿Es que trabajas ya?

BERNARDO — He trabajado seis días en El Escorial. No tuve tiempo de avisar. Vinieron a buscarme a toda prisa para substituir a un compañero, enfermo, que ya está bueno.

LAURA — ¿Y otra vez parado?

BERNARDO — Otra vez. (A Jaime.) Y tú, ¿encontraste algo?

JAIME — Nada.

BERNARDO — ¿Luis está mejor?

JAIME — Sí, mejor.

BERNARDO — Esto me satisface.

LAURA — Iba a salir cuando usted ha llegado.

BERNARDO — Por mí no deje usted de ir a sus quehaceres.

LAURA — Pues saldré. Usted, Bernardo, hará compañía a Jaime mientras estoy fuera, ¿eh?

BERNARDO — Aquí me encontrará usted.

JAIME Vete y vuelve pronto, que en llegando tú saldré yo. He de ver a un maestro.

LAURA Entonces, hasta luego. (Toma el lío de ropa y hace mutis por el foro.)

ESCENA V

Los mismos, menos LAURA.

JAIME ¿Seis jornales has hecho?

BERNARDO Cabales.

JAIME ¿Y ahora?

BERNARDO Como antes; corriendo de Zeca en Meca en busca de trabajo. Pero lo vuestro me apura más que lo mío. Oye, voy a traerte cuarenta reales que me sobran.

JAIME ¡Esta sí que es buena! ¡Estás parado y quieres darme dinero!

BERNARDO A mí todo me sobra. Estoy solo en el mundo y con un cacho de pan resisto un día. Tú tienes mujer e hijos y no son comparables tus apuros con los míos. Acepta la poquedad que te ofrezco, y no se hable más de este asunto.

JAIME Es que yo, aunque agradecido, no puedo admitir...

BERNARDO Déjate de pamplinas y miramientos y acepta. Si no, ya no me ves más por aquí. Por tu hijo enfermo debes aceptar.

JAIME Eres un buen amigo.

BERNARDO A otro asunto. Hay novedades.

JAIME ¿Cuáles son esas?

BERNARDO Importantes. Matilde está en Madrid.

JAIME ¿Matilde? ¡Mi cuñada en Madrid!

BERNARDO Exactamente.

JAIME ¿Cómo lo sabes?

BERNARDO La vieron estos ojos.

JAIME ¿No te engañaría el parecido?...

BERNARDO ¡Engañarme yo, que la he querido tanto! A pesar de lo que ha hecho, su imagen no se borra de mi alma. Con Matilde vivo constantemente.

JAIME ¿Pero cómo ha sido esto, dónde la viste?

BERNARDO La misma tarde que me salió trabajo para El Escorial. Vagaba yo por la Castellana, cuando al llegar a la calle de Génova pasó por el arroyo central y muy cerca de mí, un coche tirado por dos caballos, y en él Matilde vestida como una princesa.

JAIME ¿Ella?

BERNARDO Ella misma. ¡Qué hermosa estaba! ¡Más hermosa que nunca! Al verla sentí un martillazo en la cabeza y temí caerme. Pasada la impresión aquella, mis ojos buscaron a Matilde, pero ya el coche se había alejado en dirección a la Cibeles. Quise asegurarme de que era tu cuñada la del carruaje, y volé al Retiro con la esperanza de encontrarla allí. No me engañó la corazonada. Al llegar a los Torenos topé con Matilde, que venía del Angel Caído. Entonces pude contemplarla a mi satisfacción. Los caballos de su coche marchaban con lentitud, al paso, y la que fué mi novia miraba como distraída a uno y otro lado del paseo, mientras yo, al abrigo de un árbol para no ser visto, seguía el menor de sus movimientos con impulsos de arrojarme sobre ella, y en su cuello, en aquel cuello que yo hubiera besado tanto, dejar para siempre impresas las huellas de mi dolor y de mi venganza.

JAIME Hubieras hecho mal; un hombre no debe perderse por una mujer como Matilde.

BERNARDO Eso he pensado después.

JAIME Además, mirando bien las cosas, ¿qué derecho tienes tú sobre Matilde? Os quisistéis, cansóse ella de tí, y al dejar de quererte, recobró su libertad. De lo que luego haya hecho, tú no puedes pedirle cuentas.

BERNARDO Tienes razón. Yo no soy nadie para ella.

Pero esto no quita para que ahora, si la tuviese al alcance de mis manos, si me insultase con su lujo, hiciese con ella lo que a sangre fría reconozco que sería un crimen. Afortunadamente vivimos en mundos muy distintos, y no es fácil que nos encontremos. Ella, en la opulencia; yo, en la necesidad, sin trabajo; tomando el sol con los bolsillos vacíos, paseando el hambre por las calles; aparentemente hecho un golfo. Si Matilde me viese en esta situación, es de pensar que no se arrepentiría de haber renunciado a mis harapos.

JAIME Ya estás en camino de disculparla.

BERNARDO Si estas cosas pudieran razonarse es probable que la disculpara. Pero la quiero, y no razono, aunque alguna vez pienso que hubiera sido muy desgraciada de casarse conmigo.

JAIME Si esto piensas, perdónala.

BERNARDO La perdono, sí; pero que no se ponga a mi alcance; que no someta a prueba mi dolor.

JAIME Quizás no la vuelvas a ver. Estará en Madrid de paso. Después de tres años de ausencia, habrá querido darse una vuelta por aquí, y asistir a aquellos sitios que en otro tiempo estuvieron vedados a su pobreza. Puede que a estas horas esté ya de regreso en París.

BERNARDO Tanto mejor.

ESCENA VI

Los mismos y LAURA, que llega trayendo una medicina.

LAURA Ya estoy de vuelta. Esta es la medicina. ¿He tardado?

JAIME Nada. (Aparte a Bernardo.) Ni una palabra a Laura, de que hayas visto a Matilde.

BERNARDO Descuida.
JAIME (A Laura.) ¿Diez y ocho reales te ha costado?
LAURA Ni un céntimo menos.
JAIME Mientras cure...
LAURA Sí, curará. ¡Vamos a dársela!
JAIME Vamos. Aguardà un poco, Bernardo; luego saldremos.
BERNARDO Id, y sin prisas. (Mutis de Laura y Jaime por una puerta lateral.)

ESCENA VII

BERNARDO y FRANCISCA, que entra con una botella.

FRANCISCA ¡Hola! ¡Usted por aquí! ¡Cuántos días sin parecer!
BERNARDO No tantos. Seis no más; he trabajado.
FRANCISCA Me alegro. ¿Y Laura?
BERNARDO Anda por ahí dentro con su marido. Ha ido a dar una medicina al niño.
FRANCISCA Precisamente traigo una yo que me ha dao la Petra para que la subiera. Dice que es un elixis que hace milagros, obra de un pastor que va para santo. ¡Ay, cuánto me alegraría de que ese santo curase al niño! No sabe usted lo que me interesan sus amigos.
BERNARDO Se comprende.
FRANCISCA ¡Son tan buenos, y al mismo tiempo, tan desgraciaos! Yo les he puesto un cariño muy grande, y si de mí dependiera no habría en el mundo presonas más felices.
BERNARDO Esto le honra a usted.
FRANCISCA Después de mi hija, a quien más quiero, es a este matrimonio.
BERNARDO ¿Continúa escribiendo la niña?
FRANCISCA De cuando en cuando; siempre que la dejan sus ocupaciones.
BERNARDO ¿Y manda?

FRANCISCA Poco, pero manda. Tié muchos gastos; mas si las cosas siguen viento en poca, como hasta ahora, hará qué deje la portería. Estos bajos menesteres no están bien cuando se tiene una hija que sabe hacerse respetar. Por supuesto, que desde que por el barrio se conoce la suerte de Berta, la gente me considera bastante más, y hasta me envidia. Yo, sin embargo, no me pongo moños. La única presona que me tié el ojo encima por lo de Berta, es Laura, y aunque la tengo ley por los años que la conozco y porque es desgraciá, empiezan a atosigarme sus constantes desprecios.

BERNARDO No transige con ciertas flaquezas.

FRANCISCA Procure no tener que trasigir con peor resultado. No se puede decir de esta agua no beberé.

BERNARDO ¡Si Laura la oyese!

FRANCISCA No me oirá; pero ca una es ca una, y no toas hemos nacido para aguantar ancas.

ESCENA VIII

Los mismos, LAURA y JAIME.

LAURA Ya está.

BERNARDO ¿Se ha tomado la medicina?

JAIME Sin chistar, el pobrecillo.

BERNARDO Ahora podremos irnos.

JAIME En seguida. Son las cinco. Pronto estaré de vuelta para lo que haga falta. ¿Tenía que hablarme usted, señá Francisca?

FRANCISCA He venido a entregar una melecina que me ha dao la Petra para ustedes.

JAIME ¡Ah, sí! Désela a Laura. Hasta luego. Vámonos, Bernardo.

LAURA Buena suerte. (Vanse Jaime y Bernardo.)

ESCENA IX

Los mismos, menos BERNARDO y JAIME.

LAURA ¿Es esa la medicina?

FRANCISCA Esta. ¿Va usted a darle las friegas?

LAURA Acaso, después. Antes probará eso del médico.

FRANCISCA ¡Les costará un dineral esa enfermedad!

LAURA Cara va saliendo. (Se sienta junto a la máquina en disposición de trabajar.)

FRANCISCA Las desgracias nunca vienen solas. Si al menos su marido trabajase...

LAURA Diga usted: si al menos el niño estuviese bueno. Jaime encontrará trabajo.

FRANCISCA Lo dice usted con una seguridad...

LAURA ¡Naturalmente! ¡Pues qué! ¿Va a estar toda la vida como ahora?

FRANCISCA Claro que no... Pero así puede pasar semanas, meses, y hasta años.

LAURA No sea usted pájaro de mal agüero.

FRANCISCA No quiero serlo, porque ¡ay de ustedes si el hombre de esta casa no halla pronto ocupación!

LAURA ¡Sería espantoso! No quiero pensarlo.

FRANCISCA Deseemos que el caso no llegue; pero si llegase, piense usted que para tales aprietos Dios ha puesto en el mundo a las presonas de corazón.

LAURA ¿Cree usted que nos protegería alguien?

FRANCISCA ¿Por qué no?

LAURA ¡Yo no sé quién! Todos nuestros conocimientos son tan pobres...

FRANCISCA Pero alguien que es rico les conoce a ustedes...

LAURA ¿A nosotros? ¡Como no sea el casero!...

FRANCISCA No es el casero.

LAURA Pero, usted sabe...

FRANCISCA Sé que hay una presona a quien la situación de ustedes le interesa mucho, y sé también que está dispuesta a remediarla.

LAURA Me intrigan sus palabras. ¿Qué persona es esa? ¿La conozco yo?

FRANCISCA Sólo una miaja, pero habrá usted oído hablar mucho de su dinero y de su esplendidez.

LAURA No acierto a adivinar quién pueda ser. Dígame usted su nombre, y no se ande en más circunloquios, que no está una para descifrar charadas.

FRANCISCA Nada de rodeos, que no hacen falta: esa buena presona es el señor Basteiro.

LAURA ¿El de la casa de comidas? Está usted mal informada. El señor Basteiro apenas nos conoce.

FRANCISCA ¡Pero le han dicho tantas cosas de ustedes!

LAURA ¿Y usted cree que el señor Basteiro daría ocupación a mi marido?

FRANCISCA Es posible, y si no pudiese dársela, él hallaría el modo de que a ustedes no les faltase nada. (Movimiento de perplejidad y de repulsión de parte de Laura, en el que no repara Francisca.) El señor Basteiro siente una gran simpatía por usted.

LAURA ¡Qué! ¡Qué ha dicho usted, desgraciada! Repita usted esas palabras, atrévase usted a repetirlas y... No, no; cállese, lengua de escorpión, mala mujer, celestina. Ya debí pensar yo que me hablaba la complaciente madre de una... cualquiera.

FRANCISCA Puesto que se pone usted así, la diré que de mi hija a Matilde no va nada.

LAURA ¡Ah! Salga usted inmediatamente de esta casa o no respondo de mí.

FRANCISCA Hablé por su bien. Si no se agraece...

LAURA ¡Salga usted, le digo!

FRANCISCA Con mucho gusto y con ganas de no volver más.

LAURA ¡Villana! ¡Alcahueta! ¡Arpía!

FRANCISCA No es razón insultar de esta manera. Cuando se tié a un hijo enfermo y al ma-

tido con veinte y cuatro horas de renta al día, gracias que salga una que se interese por una.

LAURA ¡ Golfa !

FRANCISCA ¡ Golfa ! Adiós, señá marquesa. Vea usted que algún día no tenga que darla un peazo de pan ganado por mi hija. (Laura hace ademán de arrojarse sobre Francisca, impidiéndolo la oportuna entrada de Petra en escena. Mutis de Francisca, que sale de estampía. Esta escena queda encomendada a la inspiración de las señoras actrices.)

ESCENA X

LAURA y PETRA.

PETRA ¡ Pero, qué es esto !

LAURA ¡ Villana ! ¡ Vieja asquerosa ! ¡ Debí matarla !

PETRA ¿Qué pasa? ¿Han regañado? Cálmese, Laura; está usted agitadísima. ¿Desea usted alguna cosa? ¿Un poco de agua?

LAURA Debía usted llegar un momento antes. Me hubiera evitado un trastorno. Esa vieja es muy mala. Figúrese usted que, aprovechando la ocasión de traerme el bálsamo que usted le entregara para mi hijo...

PETRA A saber si lo había traído venía yo.

LAURA Sí, aquí está. Pues hallándome sola, me ha propuesto una infamia; lo último que se puede proponer a una mujer.

PETRA ¡ Vaya con la bruja !

LAURA Por si esto fuera poco, me ha humillado, me ha pisado, me ha echado en cara nuestros apuros, cual si fuesen una vergüenza. ¡ Si no sé cómo no la he matado ! Yo, que soy incapaz de hacer daño a nadie. ¡ Ah, la pobreza ! Bien veo ahora como resta bríos a la dignidad; cómo aplasta. Pero que vuelva ese monstruo con sus in-

famantes insinuaciones, y yo le juro á usted, Petra, que esa mujer no sale de aquí como entrara, ni tal vez por la puerta.

PETRA Repóngase usted.

LAURA ¡Si Jaime lo supiese!

PETRA No debe saberlo.

LAURA Ya cuidaré yo de que nada sepa.

ESCENA XI

Dichas y JAIME.

JAIME ¡Buenas noticias!

LAURA ¿Tienes trabajo?

JAIME Todavía no; pero probablemente trabajaré el lunes.

LAURA ¿De veras?

JAIME Casi seguro.

LAURA ¡Oh, qué dicha si resulta cierto!

PETRA Resultará. Un día u otro había de acabar la mala estrella. Me voy contenta, contentísima.

LAURA Gracias, Petra. Usted es todo corazón.

PETRA Hasta mañana.

JAIME Salud. (Mutis de Petra.)

ESCENA XII

Dichos, menos PETRA.

JAIME Estoy que no quepo en mí de contento. Ya verás tú como trabajo.

LAURA También yo, así lo espero.

JAIME ¿Vamos a ver a los pequeños?

LAURA Sí, vamos. (Va a hacer mutis por la derecha, cuando aparece Matilde por el foro.)

ESCENA XIII

Dichos y MATILDE.

LAURA ¡Matilde!
JAIME ¡Tú!
MATILDE ¡Laura!
LAURA ¿Tú? ¡En mi casa!
MATILDE Yo, sí; en tu casa. ¿Te extraña?
LAURA ¡Me sorprende!... No te esperaba... ¡Quién podía creer!... Te suponía tan lejos...
MATILDE ¿Quieres darme un beso?
LAURA Sí.
MATILDE Y yo a ti con toda el alma. (Se besan efusivamente.) Tú, Jaime, dame un abrazo.
JAIME Como éste.
MATILDE Siempre tan bueno. (Se abrazan.) ¿Y los niños? ¿Cómo está el mayor? Ya sé que le tenéis enfermito. Le curaremos, no os aflijáis. ¡Los pequeños dan cada susto! Pero con dinero y cuidados se salvan todos. (Da una ojeada por toda la habitación.) Está como la dejé. Nada ha cambiado. La máquina, la misma cómoda, la camilla, esos cuadros venerables... A ti, Laura, te encuentro más hermosa, aunque más pálida. Jaime también está más pálido. ¿Y a mí, cómo me encontráis?
LAURA Muy elegante...
JAIME Guapísima, y un poquito más gruesa.
MATILDE Pues, mira, he estado enferma. París no me prueba.
JAIME Nada sabíamos...
MATILDE ¡Qué habíais de saber! Rompisteis conmigo todas las relaciones...
LAURA Mantenerlas hubiera sido, si no la aprobación de tu conducta, una tolerancia respecto de ella que no me parecía bien observar.
MATILDE Extremado es tu rigor, Laurilla.

LAURA — Ya sabes como soy.

MATILDE — Bien lo sé. Pero una es la sangre que llevamos en las venas, y esto me da derecho a un poco de indulgencia, hermana.

LAURA — Fuera yo la pecadora y no sabría ser indulgente conmigo misma.

MATILDE — Eres irreductible.

LAURA — Lo he sido y lo seré siempre tratándose del honor.

MATILDE — Un muy diverso concepto de su valor nos tiene en esta enojosa situación. Absoluto se lo das tú al de la mujer, y yo sólo relativo y circunstancial. Cual de nosotras está en lo justo, no lo sé, ni quiero discutirlo. Es cuestión de pareceres; pero yo entiendo que el valor de la honra nuestra guarda estrecha relación con lo que somos y representamos en el mundo, y que la gravedad de la falta en que se incurre tirándola a la calle, depende del momento en que se comete y de la naturaleza de los hechos que determinan la caída. ¿Nada eres? ¿Nada pesas? ¿Nada significas en la lonja de las reputaciones? Pues tu honra no tiene más valor que el que tu quieras darle, y sea éste cual fuere, es incotizable en el mercado. Si una dama principal hiciera lo que yo, ¡qué escándalo en el mundo! pero yo, pobre, obscura, innominada, ¿a quién he escandalizado? Aparte una docena de humildes personas, que nadie conoce más allá de la primera esquina, ¿quién se ha enterado de lo hecho por mí, ni a quién le ha importado mi deshonra? ¿Y qué decir de las causas que me condujeron a este estado? Que respondan por mí todas las vejaciones, las humillaciones y las mortificaciones de cuerpo y alma sufridas, y todo el hambre pasado. Pero no creas que sacrificara mi honor sin lucha. Largo tiempo estuve buscando el medio de her-

manar la vida con la honradez. No lo encontré, a pesar mío, y sólo al desesperar de encontrarle fué cuando opté por salvar la vida. La tempestad desencadenada en mi alma por la pugna entre el deber y los derechos de la naturaleza; entre la moral, que no estaba de mi lado, y la razón, que sí lo estaba; entre el deseo de conservarme honesta para un fin desconocido, probablemente para morirme de tedio pegada a una máquina de coser, y las tentaciones del mundo que me ofrecían una existencia sin apuros materiales y alguno que otro goce espiritual; la lucha esta, Laura mía, fué ruda, empeñada, insistente, tremenda, con sobresaltos del corazón, lágrimas que escaldaban los ojos, y aguda fiebre que abrasaba mi piel y encendía mis sienes. De noche, prolongados insomnios; de día malestar, inquietud, indecisión, temores que me asaltaban repentinos y sin causa específica que los justificara, y súbitos y vehementes deseos de no luchar más y romper con todo... Temí perder la razón. Al fin...

LAURA — Triunfó el mal; no sigas.

MATILDE — No, triunfó la vida.

LAURA — En perjuicio del deber.

MATILDE — ¿El que contraje con la sociedad de ser honrada? ¿Pero acaso ésta, a su vez, no contrajo conmigo el ineludible de protegerme? ¡Claro que sí! La existencia de uno de estos deberes trae aparejada la existencia del otro deber, pues a nadie se le puede imponer una obligación sin que en justa correspondencia se le otorgue un derecho. Una, a ser honrada: pero la sociedad a procurar que no se vea constreñida a dejar de serlo. Es un pacto, un convenio; son dos deberes recíprocos, tan unidos, y tan dependientes

uno del otro, que, como una de las partes falte al suyo, la otra recaba automáticamente su libertad de acción, sin que se la pueda acusar por lo que haga después. Y está muy bien que sea así, pues sería injusto exigir al individuo, débil e indefenso, la estricta observación de un contrato que dejara incumplido la colectividad, que además de ser fuerte, no hay modo de castigarla cuando obra mal. Esta, antes de que faltara yo a mi deber, ¿qué hizo para evitarlo? ¿Cómo me amparó, cómo me fortaleció en la crisis de mi alma? Pues sumiéndome en la miseria y no señalándome, para salir de ella, otro medio, otra senda que la que he tomado. Faltó a su compromiso; falté yo al mío; liquidamos, y en paz. Esto que hizo conmigo es lo que viene haciendo desde todos los tiempos con todas las mujeres sin otros elementos lícitos de defensa que su trabajo. Tú y yo somos un ejemplo de ello. ¡Si he llegado a creer que nos acorrala sólo por darse la vil satisfacción de que nos vendamos!

LAURA Como en otra ocasión, que tú recordarás muy bien, digo que no entiendo este lenguaje. Con él no llegarás a convencerme nunca.

MATILDE Lo siento, pues me será muy difícil obtener tu perdón. Pero yo haré cuanto pueda por alcanzarle. Entretanto, escucha: llegué a Madrid hace ocho días, y aquí me he instalado con carácter definitivo. A mi vuelta de París en seguida procuré adquirir noticias vuestras. A pesar de mi diligencia, hasta ayer no conocí vuestra verdadera situación, que está muy lejos de ser venturosa. Jaime sin trabajo; un niño enfermo; todo lo de algún valor en el Monte... Una cruz que no os merecéis, vosotros, tan buenos. Saber esto, y de-

cidirme a venir y ofreceros mi auxilio, mi cariño, mi dinero, fué obra de un momento. ¡ Si vieras qué satisfacción la de mi conciencia al ver que me hallaba en condiciones de realizar el bien, de traer a esta casa un poco de felicidad ! Con que, dime cuanto necesitas, y lo tendrás al instante. No soy rica, pero si me encuentro en situación de poder favoreceros.

LAURA — Se agradece tu generosidad, pero no queremos serte gravosos.

MATILDE — ¡ Cómo gravosos ! Explica estas palabras. ¿ Expresan una delicadeza que sería ociosa tratándose de ti y de mí, o con ellas has querido hallar la fórmula menos insultante para rechazar mi protección ? Habla claro.

LAURA — No está en mi ánimo ofenderte. Estimamos en lo que vale tu ofrecimiento, pero nuestra situación no es tan desesperada para que tengamos que convertirnos en parásitos tuyos. Jaime hallará trabajo, y sin necesidad de molestar a nadie, saldremos del paso...

MATILDE — Tus prejuicios, tu optimismo y tu inexperiencia del mundo te hacen insensata. A no ser por eso ya hubiera traspasado esta puerta. Pero eres quien eres, y no quiero sentir en el rostro el latigazo con que, intencionada o inconscientemente, me has herido.

LAURA — Repito que no he querido ofenderte.

MATILDE — Mejor es así, y en prueba de que no me doy por agraviada, vuelvo a preguntarte : ¿ Aceptas ?

LAURA — ¿ Quieres que hablemos de otra cosa ?

MATILDE — Después : ahora contesta a mi pregunta. ¿ Aceptas, sí o no ?

LAURA — No puedo, no debo.

MATILDE — ¡ Acepta por ti y por mí y por la tranquilidad de mi conciencia !

LAURA — No puede ser.

MATILDE ¿Lo has pensado bien?

LAURA Sí; no puede ser. Perdona.

MATILDE Esas palabras, esa actitud, esa negativa... ¿Qué hay en tu corazón que no revelan tus labios?

LAURA No me atormentes.

MATILDE ¡Pero por qué! Tú eres la que me atormentas a mí, cuando podrías hacerme dichosa pronunciando una sola palabra. Por última vez: ¿aceptas?

LAURA No.

MATILDE ¡Ah! ¡Me desprecias! ¡Tú, mi hermana! ¡Ahora sí que mi rostro quema! ¡Quién podía pensar! ¡Qué hado adverso me ha conducido a esta casa! No soy mala, pero si lo fuera, no merecería tan cruel castigo. Y tú, Jaime, ¿también te niegas a mi deseo?

JAIME Ese es un pleito entre vosotras, en el que no debo ni puedo meterme.

MATILDE Está bien. Respeto tus escrúpulos. Es Laura, es mi hermana, la que me rechaza. He venido en son de paz, impelida por el amor, y me echa.

LAURA Yo no te echo.

JAIME No te echamos, Matilde.

MATILDE Conozco el valor de las palabras y el alcance de las intenciones. Ya estoy de más aquí. Parece que gravita sobre mi cerebro todo el peso de esta casa. No volveréis a verme en ella. Que Dios os proteja y que la suerte os acompañe. Adiós, Jaime.

JAIME ¡Matilde!...

MATILDE ¡Adiós, Laura! Sé feliz, y si puedes, borra mi nombre de tu pensamiento como me borraste de tu alma. ¡Adiós! (Laura va a acercarse a Matilde, pero ésta se dirige hacia la puerta del foro. En este momento entra Bernardo, y, al ver a Matilde lanza una exclamación de sorpresa y de dolor, al tiempo que maquinalmente se quita la

gorra con humildad. Matilde, sorprendida, mira a Bernardo compasivamente, y hace mutis. Bernardo se deja caer en una silla y llora. Jaime y Laura toman una actitud de consternación. Se recomienda esta escena al talento de los actores.)

TELÓN LENTAMENTE

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Gabinete lujoso en que se ve la mano y dirección de una mujer elegante. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MATILDE y FELISA, sentadas. Matilde hojeando un periódico. Felisa hace crochet.

FELISA ¿Va al teatro la señorita?

MATILDE Me parece que no... Todo lo he visto ya, y nada me seduce. Probablemente esta noche, como la pasada, me quedaré en casa.

FELISA Al teatro no se va por la función, sino a lucir, a verse, a criticar, a hacer conquistas.

MATILDE Lucir no me importa, la crítica me irrita, la gente es necia, y en cuanto a conquistas... ya te dije que se acabaron para mí.

FELISA ¿Pero es que la señorita persiste en la idea de retirarse del mundo?

MATILDE Vaya si persisto. Es una idea fija, y que ya he empezado a realizar.

FELISA No haga tal la señorita. ¡Tan joven, tan hermosa y con tantos adoradores!... Sería tirar una fortuna a la calle. Además, la señorita perdería su consideración. Hoy todos la hacen a usted el *rendez vous*, pero en cuanto deje de gastar, recibir a marqueses, millonarios,

y ministros, dar credenciales y canongías, hacer gobernadores y diputados y recomendar asuntos gordos, la van a tratar a usted como una burguesa insignificante.

MATILDE Eso es lo que deseo.

FELISA ¡Qué manía! ¡Llegar a tan alto para tirarse de cabeza al mar! ¡Ay, si yo me encontrara en el caso de usted!...

MATILDE ¿Qué harías, tú?

FELISA ¿Yo?... Pües ordeñar la vaca hasta que no diera una gota, y, mientras tanto, vivir como una reina de la India, haciendo que me sirvieran a la mesa negros desnudos, como, según me han dicho, se hace servir la Majestad de no sé qué lugar lejano.

MATILDE ¡No digas tonterías!

FELISA ¿Tonterías? ¡Ya, ya! El mal es que en mí, lo que se vé vale bien poco, y lo que se oculta anda peor. (Suena un timbre.) He de ir a abrir. Anselmo y Lorenzo han salido, confiándome la puerta. Dejan la casa sin pedir permiso a nadie. (Sale por el foro. Vuelve á entrar al instante con un ramo de flores y una carta.) Del señor marqués de Ginebra. (Entrega la carta a Matilde y deja el ramo de flores en un útil.)

MATILDE (Después de leer la carta, que tira con displicencia.) Anuncia que estará aquí a las seis.

FELISA Está muy enamorado de usted el señor marqués...

MATILDE Eso dice, pero no ha de ablandarme.

FELISA ¡Tan simpático como es!

MATILDE Indudablemente tiene simpatía, pero ha llegado tarde, Felisa. Mi resolución es terminante. (Suena un timbre.)

FELISA ¡Voy! Otra vez... Vamos a ver... (Sale y vuelve a entrar en seguida.) Ahora no se trata de una petición de mano, sino de dineros. Está aquí la viuda de los tres hijos. Que no tiene de qué comer, que al peque-

ño le ha salido un tumor, que el mayor está con tersianas... en fin, los cuentos de siempre. Yo no creo una palabra de lo que dice.

MATILDE Quizás no sean verdad todas esas calamidades, pero que la pobre pasa la pena negra, eso ya lo sé yo. Dale cinco duros.

FELISA ¡ Cinco duros !... ¡ Pero si hace muy pocos días le entregó la señorita doscientos reales !...

MATILDE No me acuerdo de eso : dale los cinco duros y que procure olvidarse por una temporada.

FELISA ¡ Una temporada !... Pronto verá la señorita lo que esa mujer entiende por temporada. Bueno que la señorita sea caritativa, pero de eso a dejarse explotar, como se deja, ¡ vamos !... que se me alteran los nervios de pensarlo. Sobre esta casa ha caído una nube de parásitos que, cómo la señorita no se los sacuda de encima, la van a dejar en los huesos.

MATILDE ¡ Qué exageraciones !... ¡ Hala ! da ese dinero y no te dispares.

FELISA ¡ Haré lo que ordene la señorita, pero conste que esos mandatos me queman la sangre ! (Hace mutis.)

ESCENA II

MATILDE y JULIA.

MATILDE ¡ Al fin !

JULIA He estado muy atareada con el traslado de casa. Desde hoy me reintegro a las amigas, y no digo a los amigos, porque de éstos no me he separado jamás. Hay que estar al pié del cañón. La vida es difícil : la competencia cada día mayor. Dame un pitillo. (Matilde toma de una tabaquera de plata dos pitillos, que ambas encienden.)

Oye: acabo de encontrar en un cangrejo a la Cacharritos, y me ha dado de ti una noticia que no puedo creer.

MATILDE ¿Qué te ha dicho de mí la Cacharritos?

JULIA Apenas nada: que te retiras, que renuncias a la sociedad, al mundo, a eso... Supongo que te calumnian.

MATILDE Supones mal, Julia. Lo que te ha dicho la Cacharritos, es cierto.

JULIA ¿Es que entras en una Orden de arrepentidas, o que estás enamorada de un mancebo pobre, pero honrado?

MATILDE No hay tal. Quiero vivir en paz y obscuramente.

JULIA Vamos: te refugias al campo a cuidar gallinas y a bañarte en los arroyuelos cristalinos. Perdona si te digo que tu resolución, si es firme, me parece una estupidez y una huída en desdoro de la clase. Yo soy más consecuente. Mis convicciones son más firmes que las tuyas. Yo no pienso retirarme nunca de los negocios, y cuando los hombres me dén definitivamente el canuto, no será sin que me haya defendido como gato panza arriba, y en último extremo, tomaré ejemplo de las actrices: el día, aún lejano, que no pueda ejercer de dama joven, haré de característica. Cualquier cosa menos retirarme. Cuando se ha perdido la vergüenza hay que cubrirse el riñón, y yo quiero dinero: pasta, mucha pasta. ¿Te gusta este sombrero? Es la última creación de madame Puntillac. Mil reales. Los ha pagado el Centauro.

MATILDE ¿Es tu amante?

JULIA No. Cuestión de un «bolo», y nada más. Ya sabes que yo no tengo criterio cerrado sobre la fidelidad, y que, en habiendo guita, procuro que la gracia de Dios llegue a todas partes. ¡Ah! se me olvida-

ba... ¿Te has enterado del escándalo del día?

MATILDE No sé nada.

JULIA Pues que la mujer de «Don Líquido» o el «Burro de oro», se ha escapado con su chauffeur.

MATILDE ¡Qué barbaridad! ¿Y cuándo ha sido esto?

JULIA Ayer. Vino el propio «Don Líquido» a contármelo.

MATILDE ¿Estará trinando?...

JULIA ¡Figúrate!...

MATILDE ¿Y qué va a hacer esa simple con el chauffeur?

JULIA ¡Tú dirás!... Pero es lo que yo digo también: ¿y después?... ¿De dónde van a salir las misas, cuando se hayan merendado los miles de reales que de su marido se llevó la prójima?... Siempre habrá mujeres tontas, y lo peor no es que lo sean, sino que con sus torpezas hacen a nuestra clase una competencia que no hay manera de sostener. ¡Cómo se van poniendo los negocios!...

MATILDE Pero, «Don Líquido», ¿qué dice «Don Líquido»?

JULIA ¿Qué quieres que diga?... Lo que se dice en casos tales: Que hará ésto, que hará lo otro, que pedirá la separación, que su venganza será terrible... Nada: fantasías. Lo que más le encoraja, lo que le tiene verdaderamente fuera de sí, —y se comprende en hombre tan vano y enfatuado,—es la humilde condición del raptor. ¡Con un chauffeur!...—exclama «Don Líquido».—¡Qué vergüenza! ¡Qué ridículo! ¡Al menos el seductor fuera una persona de mi clase!...—añade con los brazos en alto, como brindando un toro o recibiendo una ovación desde los medios. Yo le he dicho, aplicando al caso la graciosa anécdota del

duque de Minas: «Desengáñate, querido Gumersindo, en cuestiones de amor no hay títulos, categorías ni clases; los señores hacen a los cocheros, y los cocheros hacen a los señores.» Pues, ¿creerás que, el muy zoquete, en vez de consolarse se ha enfurecido?... Pero no me importa: ¡que se fastidie!

ESCENA III

Dichas y FELISA.

FELISA (Desde la puerta del foro) Las señoritas Lulú y Lucrecia.

MATILDE Que pasen. (Mutis de Felisa.)

JULIA Vaya, tute de sotas.

ESCENA IV

Dichas, LULÚ y LUCRECIA.

MATILDE ¡Lulú!... ¡Lucrecia!... ¡Tanto bueno por aquí!...

LULÚ No nos agradezcas la visita. Cansadas de correr tiendas, hemos subido a descansar y a tomar el te.

MATILDE Muy bien pensado... ¡Caramba, qué elegantes vais! Este vestido te va magníficamente, Lucrecia.

LUCRECIA ¿Te gusta?

MATILDE Muchísimo. Y no digamos del de Lulú: es una monada. ¿Habréis hecho la mar de conquistas?

LULÚ Algo hemos dejado para vosotras.

JULIA Las no aprovechables por insolvencia... ¡Si conoceré yo el paño!...

LULÚ Como de costumbre, tan maldiciente...

JULIA Digo menos de lo que otras piensan.

MATILDE Con vuestro permiso voy a vestirme. No

esperaba a nadie, y me habéis sorprendido en bata.

LULÚ Ya estás bien.

MATILDE No... Me echaré un vestido, e interinamente Anselmo os servirá el te. (Toca un timbre y aparece Anselmo.) Anselmo, sirve el te a las señoritas. (Mutis de Anselmo.) Hasta un instante. Estáis en vuestra casa.

JULIA Anda, y ponte irresistible.

MATILDE Como siempre. (Hace mutis.)

ESCENA V

Dichas menos MATILDE. Se sientan alrededor de una mesita. Entra ANSELMO y sirve el te.

ANSELMO ¿Desean algo más las señoritas?

JULIA Traiga usted la tabaquera. (Anselmo hace lo que se indica. Julia; Lulú y Lucrecia encienden sendos cigarrillos.) Puede usted retirarse. (Mutis de Anselmo.)

LUCRECIA Es guapo ese criado... Si una no tuviese que rebajarse...

JULIA ¡Bah! En peores te habrás visto. Creo que tu seductor fué un caballero matarife...

LUCRECIA Cierto. Pero ha llovido mucho desde entonces, Julia, y hoy tengo a honor...

JULIA En buena parte se ha refugiado el honor de la familia.

LUCRECIA Por una mordedura eres capaz de sacrificar...

JULIA No lo creas, Lucrecia. Las dos interpretáis mal mis palabras, que no son mordeduras, sino chirigotas. Si os parece, cambiaremos de disco. Que Lulú nos cuente el estado de sus relaciones con Fernandito. ¿Han pasado ya de capricho? El parece que te quiere: ¡lástima que no tesga un cuarto!

LULÚ Yo quisiera demostrarle la gratitud que

siento por él y hasta satisfacer este capricho, que dices tú; pero en nuestra profesión, digámoslo así, se pagan caros los antojos y las limosnas de amor. Los hombres son tontos, y en cuanto una graciosamente les abre la mano, hay que ver lo pelmazos que se ponen. No se hacen cargo de las obligaciones de una mujer como nosotras, y creyéndose idolatrados, o quedando enamorados como unos cadetes, se vuelven celosos, imprudentes, mandones y pedigüeños. Acaban con la tranquilidad de una, y comprometen, cuando no lo hacen perder, su bienestar. Sería mucho exigir de nosotras que por un capricho o una sensibilidad, lo arriesgáramos todo, sin probabilidades de ganancia alguna. La experiencia me ha enseñado, que lo peor que le puede ocurrir a una mujer galante, es tener veleidades improductivas o compadecerse de inflamables mancebos sin cuenta corriente en el Banco.

JULIA Veo que eres juiciosa y te felicito. También yo, al principio de mi carrera, me dejaba vencer fácilmente por súplicas y lágrimas de enamorados. Pero tuve que cerrar la espita a la compasión. Los golpes me han vuelto de estuco, y aquí ya no se da nada sin antes pasar por contaduría. Yo no quiero acabar como tantas, en un hospital. Las que así terminan son unas bobas, pues nuestros ingresos bien administrados, dan para un retiro decoroso. Nuestra amiga Emma es de las predestinadas a pedir limosna y a morir en un camastro.

LUCRECIA Se lo he dicho muchas veces, y ¿sabéis lo que me contestó últimamente?... Pues que, acabe como acabe, lo bailado nadie se lo había de quitar ya; que si hubiese seguido en su oficio de chalequera, esta-

ba condenada también a la miseria, más sin el champagne que se ha bebido y los buenos ratos que se ha dado.

JULIA ¡Si se contenta con eso, allá ella!

LUCRECIA Es tonta de nacimiento... Ahora se ha echado de amante al baroncito del Pinar.

LULÚ ¡Pero si no tiene donde caerse muerto!

LUCRECIA Sí tiene, pues la está dejando en los huesos.

LULÚ ¿También el baroncito es de los que cobran?

JULIA ¡También!... ¿Pues qué te figurabas tú? Esto confirma mi teoría de que en todas las capas sociales hay dos especies de hombres: unos que han nacido para mantenernos y otros para ser mantenidos. Afortunadamente para nosotras, no apechugamos con los peores. Estos se los llevan las señoritas con dote o con oficio remunerador. Son los que ejercen la chuslería bajo su aspecto legal.

LULÚ Y mucha razón que tienes.

JULIA A tí, como a esa, (Señalando a Lucrecia.) os supongo enteradas de la tontería que va a cometer Matilde. (Signos afirmativos de Lulú y Lucrecia.) ¿Qué apostáis que por cada arruga de sus faldas va a tener media docena de pretendientes a su mano? Toda una legión de hombres con levita dispuestos a darle un nombre a cambio de vivir y triunfar con el dinero que Matilde se ha ganado en sus correrías. ¡Buenos están los hombres!

LUCRECIA Son como nosotras.

JULIA ¡Peores, mucho peores!

LULÚ ¿Crees tú que Matilde tiene pasta en grande?

JULIA Si no la tiene podría tenerla. Se le han conocido amantes muy ricos.

LUCRECIA Sí, pero no los ha estrujado.

JULIA ¿Cómo lo sabes tú?

LUCRECIA Porque ellos mismos me lo han contado.
JULIA Sería para que tomaras ejemplo.

ESCENA VI

Dichas y MATILDE.

MATILDE Ya estoy.
LULÚ ¡Qué linda!... ¡Qué *chic*! ...
MATILDE ¿Os gusto?
JULIA ¡Estás para que te desnuden!
LUCRECIA ¡Apoteósica!
JULIA ¡Y con ese palmito y esa juventud, se va a cuidar gallinas, a vestir de estameña y a pasar el rosario.
MATILDE Ni voy a cuidar gallinas, ni a vestir de estameña, ni a pasar el rosario. Voy a vivir tranquila y nada más.
JULIA ¿Y si te pretendiera el archipámpano de las Indias?
MATILDE Sería en balde.
JULIA Permíteme que lo ponga en duda. Pero, en fin, si tu resolución es terminante, y pasase por debajo de tu balcón ese archipámpano, no le dejes ir sin darle las señas de mi casa, que nunca falta en ella un cuartito para alquilar. De la hospitalidad y amabilidad de la patrona, responde su historia.

ESCENA VII

Dichas y ANSELMO.

ANSELMO El señor marqués de Ginebra desea ver a la señorita.
JULIA Recíbelo, y dile que sí.
MATILDE Me habréis de perdonar.
LUCRECIA Perdonada.
JULIA Nos vamos juntas y así no podremos hablar mal unas de otras.

MATILDE (A Anselmo.) Haz pasar al señor marqués. (Mutis de Anselmo.) Conque, adiós. Os espero mañana.

JULIA A mí no. Mañana tengo un trabajo tan personal, que no puedo encargarlo a nadie.

LUCRECIA Yo sí, vendré.

MATILDE No olvides que me lo has prometido. Adiós, Lulú.

LULÚ Medita bien lo que vas a hacer. No cometas una torpeza.

MATILDE Lo tendré presente. (Julia, Lulú y Lucrecia vanse por la puerta del foro. En el propio instante entra el marqués de Ginebra.)

ESCENA VIII

MATILDE y MARQUÉS DE GINEBRA.

MATILDE He recibido sus flores. Usted siempre tan galante.

MARQUÉS (Besando la mano a Matilde.) Anoche estuve en el Real buscándola a usted, y usted no aportó por el teatro.

MATILDE ¿Quería usted hablarme?

MARQUÉS Tenía deseos de hablarla, efectivamente, y puesto que usted no fué al Real, aquí del milagro de Mahoma: Ya que la montaña no viene a mí—me he dicho,—yo voy hacia la montaña. Esta es la causa de mi visita.

MATILDE ¿Tanta necesidad tenía usted de hablarme?

MARQUÉS ¡Vehementísimos, torturadores deseos!

MATILDE No podré consolarme nunca de haber despertado en un caballero como usted, una pasión tan volcánica, ni habrá indulgencia para mí en este ni en el otro mundo.

MARQUÉS Su humorismo, lejos de molestarme, me agrada. Prueba que es usted una mujer

de *sprit*. Mas si sus palabras no fueran un poco burlonas, diríale que en su mano está aplacar el fuego de este volcán; y perdone usted si la frase me ha salido atrozmente cursi.

MATILDE ¿De manera que no levanta usted el cerco?

MARQUÉS En tanto usted no me lo ordene, no.

MATILDE Yo nunca diré a usted esto, pero sí le aconsejaré que desista de tomar la plaza. Y como no quiero que pueda usted atribuir mi negativa a algo lesivo a su persona, sepa que me es usted muy simpático, que le tengo a usted estimación y en primer lugar en el número de mis amigos.

MARQUÉS Y, sin embargo...

MATILDE Recuerde que le anuncié hace tiempo el propósito de enmendar mi vida. La Matilde que usted conoció el pasado verano en Biarritz, no existe ya.

MARQUÉS No lo creo. Es usted muy joven y hermosa para renunciar al mundo. Aquí hay misterio, Matilde.

MATILDE No hay misterio, marqués. Y en cuanto a mi resolución, yo le aseguro a usted que es inquebrantable. A no ser por esto, usted sería mi amante.

MARQUÉS Dando por hecho que esa resolución sea inquebrantable: ¿se puede saber a qué obedece acuerdo tan extraño, tan desconcertante? ¿Sería impertinente preguntárselo?

MATILDE ¿Impertinente? ¡Qué ha de ser! No se lo he dicho antes por no marearle a usted con explicaciones que para usted carecen en absoluto de interés.

MARQUÉS Está usted en un error. Cuanto se refiere a la mujer que adoramos, nos interesa.

MATILDE ¿De veras me quiere usted?

MARQUÉS ¿Pero es que lo pone usted en duda?...

Exija de mí lo que quiera : libertad, fortuna...

MATILDE Siento no haberle conocido a usted antes.

MARQUÉS Siempre estamos a tiempo.

MATILDE No.

MARQUÉS ¡ Sí, Matilde !

MATILDE ¡ Imposible !

MARQUÉS Venga, pues, la razón de esta imposibilidad, de este absurdo.

MATILDE Quiero borrar mi pasado : he ahí todo.

MARQUÉS ¿ Se trata, pues, de una razón de orden moral ?

MATILDE Le extrañará a usted en una mujer de mi condición, pero es absolutamente cierto.

MARQUÉS Como a la Magdalena, ¿ le llegó a usted la hora del arrepentimiento ?

MATILDE No es esto... No estoy arrepentida... Hoy, de encontrarme en las circunstancias que me condujeron a este modo de vivir, volvería a hacer lo que hice.

MARQUÉS No comprendo...

MATILDE Lo comprenderá usted. Mi deshonra no tuvo por causa el vicio. Me lancé a ella por redimirme de la miseria, y por no pasar por el mundo como una planta, una oruga o una piedra. A mi alrededor sólo había privaciones ; mi porvenir no se columbraba muy halagüeño... De sacrificarme en aras de la honradez, comprendía la inutilidad de mi sacrificio, y presentía aciagos días sin fin. No me sometí a los designios de la suerte, y defendíme contra ellos de la única manera que en situación tan crítica le es posible a una mujer... ¿Hice mal? Qúe se me juzgue. Pero ahora que me he puesto a cubierto de necesidades materiales, que mi espíritu ha conocido inefables y puros goces, y que no he de temer una vejez indigente, ahora haría mal en prolongar un estado de cosas que acepté con todas sus con-

secuencias, pero transitoriamente, y cuya inmoralidad no he dejado nunca de reconocer. Realizado mi ideal, logrados mis propósitos, no quiero ser por más tiempo mercancía de amor. De continuar por la senda emprendida, mi degradación sería absoluta, irremediable. En adelante nada disculparía mi conducta. Desaparecida la causa de mi falta, debe desaparecer también el efecto. Mi desición es el cumplimiento de un voto. Ha llegado la hora de demostrar que no juro en vano. (Pausa.) Conque, ya lo sabe usted todo.

MARQUÉS ¿Ha pensado usted en lo difícil que le va a ser acostumbrarse a esa nueva vida?

MATILDE Todo lo he pensado.

MARQUÉS ¿De modo que no hay esperanza?...

MATILDE Como no venga un cataclismo, ninguna.

MARQUÉS En este caso fuerza será renunciar a mis ilusiones. No estoy lo bastante pervertido para intentar, probablemente sin éxito alguno, la rectificación de un propósito basado en un sentimiento de honradez que admiro.

MATILDE Gracias. Por lo demás, no le pese a usted esta solución amistosa. Mujeres encontrará usted que valen más que yo, y harán que me olvide pronto.

MARQUÉS Difícilmente: aparte que en estos momentos es usted la única que me interesa. Y, diga usted, Matilde, ¿piensa usted seguir viviendo en Madrid o levantar el vuelo?

MATILDE No sé lo qué haré. Madrid me gusta mucho, pero el deseo de poner fin a ciertas amistades, que hasta hoy no he podido prescindir de ellas, tal vez me obligue a alejarme. Pero no vaya a creerse que entre en mis cálculos el retirarme al yermo a hacer penitencia. No me juzgo tan mala pára pensar que mis pecados pueden obtener la absolución mediante un ré-

gimen de moderaciones y buenas tandas de azotes. Si yo creyese esto, ayúdeme usted a contar lo que para conseguir el perdón de sus faltas habrían de hacer las casadas, con amantes que pagan las cuentas del joyero, y aquellas otras que contrajeron matrimonio por interés, sin querer a sus maridos. La expiación de esas señoras sería horrorosa. Mucho menos culpable yo que ellas, que no he engañado a nadie y que a nadie he deshonrado, y que pudiendo no quise, por motivos de moralidad y de conciencia, que el sacerdote legalizara una de mis situaciones equívocas muy ventajosa, bien puedo ser indulgente conmigo misma, y no asomarme siquiera a la vida penitente de la Magdalena. Me limitaré a vivir honesta y aislada del mundo, pero sin aspirar a la santidad ni renunciar a los lícitos placeres. Nada de enterrarme en vida. Viajaré, adoptaré las modas, asistiré a los estrenos, tendré buena mesa... Todo con cierta economía, contando mucho, pues mis rentas no me permiten grandes dispendios. ¿Qué le parece a usted el programa?

MARQUÉS — Excelente, pero a condición de que si un día se cansase usted de su soledad, y se diese cuenta de que el amor se ha hecho para algo, se acuerde usted de mí.

MATILDE — Si ese día llega, Matilde no tendrá otro amante que usted.

MARQUÉS — No se me olvidarán estas palabras.

MATILDE — Tampoco a mí.

MARQUÉS — A mi vuelta de París pasaré a saludarla, y ya veremos entonces si flaquea o no esa voluntad.

MATILDE — ¿Va usted a París?

MARQUÉS — Mañana mismo. Estaré allí unos cuatro meses. Tengo en Francia algunos asun-

tos que resolver, y como ya nada me retiene en Madrid, me voy.

ESCENA IX

Dichos y ANSELMO.

ANSELMO Señorita...

MATILDE ¿Qué hay?

ANSELMO Perdone la señorita, pero está aquí una mujer que pone gran empeño en verla a usted.

MATILDE Dígale que en estos momentos no puedo recibirla. Que vuelva mañana.

ANSELMO Ya se lo he dicho yo, y ha contestado que la ha de ver ahora mismo.

MATILDE ¿Qué clase de mujer es esa?

ANSELMO Es joven, y viste pobremente. Yo creo que viene en busca de una limosna. Pero porfía en que ha de verla...

MATILDE Me intriga esa visita...

MARQUÉS Si desea usted recibirla... Me iba a marchar ya.

MATILDE Puesto que se va usted, la recibiré. Tal vez pueda evitar una desgracia. (A Anselmo.) En cuanto el señor marqués haya salido, haz pasar a esa mujer. (Mutis de Anselmo.)

MARQUÉS Matilde, adiós. Desde París la escribiré a usted con frecuencia. Recuerde usted lo prometido.

MATILDE Nunca podrá usted echarme en cara el incumplimiento de mi palabra.

MARQUÉS Si cambiara usted de modo de pensar, bastará un telegrama para que regrese a París inmediatamente.

MATILDE No lo olvidaré.

MARQUÉS Hasta la vuelta.

MATILDE Hasta cuando usted quiera, Alfredo. (El marqués besa la mano de Matilde y hace mutis.)

ESCENA X

MATILDE y LAURA.

MATILDE — ¡ Laura ! ¡ Mi Laura !...
LAURA ¡ Matilde mía !...
MATILDE ¡ A mis brazos ! ¿ Lloras ?... (Se abrazan.)
LAURA ¡ Perdón, Matilde !
MATILDE Perdón, ¿ de qué ?...
LAURA ¿ No estás enojada conmigo ?
MATILDE ¡ Yo qué he de estar !... Pero ese luto... ¿ qué es ese luto ?
LAURA Jaime.... (Prorrumpe en sollozos.)
MATILDE ¿ Ha muerto ?... (Laura hace signos afirmativos.) ¡ Dios mío, Dios mío ! ¡ Cuán desgraciada eres ! ¡ Tan buena... la más buena de las mujeres !...
LAURA ¡ Muy desgraciada !
MATILDE ¡ Pobre hermana de mi alma !... ¿ Pero cuándo ha sido esto ?
LAURA Hace medio año, en Valladolid, donde trabajaba.
MATILDE ¡ No te perdonaré nunca la ocultación de esta desgracia !
LAURA ¡ Perdóname ! ¡ Si conocieras mis penas !...
MATILDE ¡ Sí, te perdono, sí ! ¿ Cómo quieres que no te perdone, quien se ha perdonado a sí misma ? Déjame besar esa frente de dolorosa. Un beso... Así. Otro beso... otro... ¡ Quema tu frente !... ¿ No estás buena ?
LAURA Hace tiempo que no sé qué es estar buena, ni qué estar mala... ¡ Mi vida es llorar !... Mis ojos se parecen al mar, en que no se secan nunca.
MATILDE ¡ Pobre Laurilla !
LAURA Vencida, tratada como una bestia, peor que una bestia, como un guiñapo de alcantarilla, he llamado a tu casa. ¡ Qué malo es el mundo ! ¡ Qué fiero ! ¡ Qué

egoísta! ¡Qué vil!... ¡Qué crueldad la suya!... ¡Cuán tarde le conocí! ¡A todos he pedido pan para mis hijos hambrientos, para aquellos tres ángeles de mi alma, porque tengo tres ahora, y ningún corazón se ha apiadado de mí! ¡Nadie ha tratado, ni se ha preocupado, ni querido salvarnos del naufragio! ¡Qué les importaba la vida de mis hijos, ni qué del peligro que corría mi honor!... Hubo quien, más brutal o más sincero que otros, insinuábame que mi cara era lo bastante linda para facilitarme el pan. Pero yo, indomable, pensando que la honra era un valor apreciado, el más estimado de todos, sólo pedía trabajo, medios lícitos para subvenir a las necesidades de mis tres pequeños, y se me contestaba enviando a mi casa mujeres muy malas, con la embajada de unas proposiciones peores. Por primera vez sentí el odio germinar en mi alma, y fuertes impulsos homicidas contra indeterminadas personas. Tenía necesidad de hacer daño, de abrir heridas y enconarlas con el veneno de mis rencores, de matar y de comer lo muerto, y no sabía contra quién revolverme, contra quién vengarme, contra quién empezar. No podía con todos, e indefensa contra tantos, me abandonaba a la desesperación... Una vez fué ésta tan grande y fuí yo tan lejos en mi desvarío, que, enloquecida... ¡Oh! ¡no quiero decir qué horrible idea pasó por mi mente!

MATILDE Con que me hubieras participado tus penas yo las hubiera mitigado al punto.

LAURA Ignoraba tu dirección, y hasta si vivías en Madrid. Por fin me decidí a buscarte, y a pié, pidiendo limosna por el camino, acosada por los perros y por los hombres, padeciendo hambre y frío y desnudez, después de sufrimientos mil,

llegamos a Madrid, donde de momento nos tiene recogidos la señá Francisca: ella, a quien un día eché de mi casa. ¡Ni siquiera me he sentido humillada al recibir su protección!... Gracias a la diligencia de nuestra antigua portera, he logrado encontrarte, y aquí me tienes vencida, fracasada, acorralada, ¡muerta!...

MATILDE ¡Qué espantoso suplicio el tuyo!...

LAURA No lo conoces bien todavía. Días enteros necesitaría para contarte uno a uno mis dolores. Pero ya se ha acabado el padecer. Por salvar a mis hijos, por devolverles la salud perdida, porque sonrían una vez siquiera, después de haber llorado y padecido tanto, estoy dispuesta a todo, a luchar por ellos como pueda y como sea: y que vengan, que vengan los hartos guardianes de la moral pública a echarme en cara mi conducta, que yo les contestaré con mi desprecio por no pedirles cuenta de su vileza. Sería absurdo comprometer la vida de mis hijos por una honra cuya salvación a nadie interesa. Vengo decidida a que me lances a ese mundo que te ha hecho feliz. A ese encantador mundo de personas correctas y decentes, capaces de arruinarse por el beso interesado de una mujer impura: esas que, honrada, me harían echar de sus casas por los criados, y vendedora de amor, en el seno de la confianza, llegarán a estipular conmigo los gastos de la casta esposa, y todos seremos unos.

MATILDE No sigas. ¡Te oigo con pena!...

LAURA ¿Tú?...

MATILDE La desesperación ofusca tu inteligencia... Tú naciste para ser eternamente honrada, y lo serás.

LAURA — Te engañas... Acepto la lucha por la vida en el terreno a que se me invita.

MATILDE — No irás, y aquí estoy yo para impedirlo. Vivirás honrada y nada faltará a tus hijos. Yo me encargo de su educación, de hacerlos hombres de provecho, buenos y laboriosos. Serán lo que tú quieras que sean: ingenieros, médicos, industriales... Algún día nuestra familia se había de redimir de la miseria y de la servidumbre. No ha podido ser por los caminos legales... pero, ¡qué importa los que hayan sido, si ellos nos han hecho derivar hacia el bien, hacia el éxito y hacia la humana felicidad!... Sobre las ruinas de mi honra vamos a levantar una generación de hombres fuertes, que serán mi obra y mi orgullo.

LAURA — ¡La emoción me ahoga!... ¿No estaré soñando?... ¿Es cierto lo que oigo, Matilde?... ¿Mis hijos serán felices, y yo podré ser honrada?...

MATILDE — Sí: todo eso será.

LAURA — Pero el dinero...

MATILDE — No pienses en esto. Además, sabes que estoy retirada del mundo.

LAURA — ¿De veras?... ¡Qué alegría!... ¿Viviremos juntas?

MATILDE — Esto no podrá ser: tengo mis genialidades, y he adquirido costumbres que no soportaríais fácilmente; y yo no quiero contigo el menor disgusto.

LAURA — ¡Eres la bondad hecha carne!

MATILDE — Procuro ser buena, y nada más.

LAURA — Vuelo al lado de mis hijos.

MATILDE — Toma: Compra lo que les haga falta, *(Le da un billete.)* y vuelve mañana con ellos. ¡Tengo unas ganas de conocerlos!...

LAURA — Son muy hermosos... pero ahora están demacrados, desmejorados...

MATILDE — Como rosas de primavera los vamos a

poner. Por anticipado, devuélveles este abrazo y estos besos.

LAURA ¡Qué dichosos vamos a ser!...

MATILDE ¡Mucho!... ¡Mucho!... (Mutis de Laura, a la que Matilde acompaña hasta la puerta.)

ESCENA ÚLTIMA

MATILDE y FELISA.

MATILDE (Toca un timbre y aparece Felisa.) Vístete, que has de salir.

FELISA ¿He de ir muy lejos, señorita?

MATILDE Irás a la «Comedia» por un palco, y a llevar una carta al señor marqués de Ginebra. Pero date prisa para que le encuentres en casa, pues me urge verle esta noche.

FELISA Por lo que colijo, se ha ablandado la señorita.

MATILDE Sí, esto: me he ablandado. Necesito dinero, mucho dinero.

FELISA ¿De manera que de lo dicho no hay nada?... ¿Todos aquellos propósitos de santa se han vuelto humo?...

MATILDE ¡No: ahora es cuando estoy más cerca de la santidad!... Anda, vé a vestirte, hija mía... (Se sienta a un secreter y escribe.)

TELÓN

FIN DE LA COMEDIA

Precio: DOS pesetas